

DON PEDRO A. DE ALARCÓN

EL MONT-BLANC

¡Heme al fin en la cumbre soberana!...
Nieve perpetua...., soledad doquiera!....—
¡Quién sino el hombre, en su soberbia insana,
A hollar estos desiertos se atreviera?
Aquí enmudece hasta la voz del viento....;
Profundo mar parece el horizonte....,
Única playa el alto firmamento....,
Anclada nave el solitario monte.
¡Nada en torno de mí!.... ¡Todo á mis plan-
Oscuros bosques, relucientes ríos, [tas!—
Lagos, campiñas, páramos, gargantas....
¡Europa entera yace á los pies míos!
¡Y cuán pequeña la terrestre vida,
Cuán relegado el humanal imperio
Se ve desde estos hielos donde anida
El *Monte Blanco*, el rey del hemisferio!
— ¡De aquí tiende su cetro sobre el mundo!—
El Danubio opulento, el Po anchuroso,
El luengo Rhin y el Ródano profundo,
Hijos son de los hijos del Coloso.

Debajo de él.... los Alpes se eslabonan
Como escabeles de su trono inmenso:
Debajo de él.... las nubes se amontonan
Cual humo leve de quemado incienso.

¡Sobre él.... los cielos nada más! La tarde
Le envidia al verlo de fulgor ceñido....—
Llega la noche, y aún su frente arde
Con reflejos de un sol por siempre hundido.

Allá turnan con rauda movimiento
Una y otra estación....—Él permanece
Mudo, inmóvil, estéril.—¡Monumento
De la implacable eternidad parece!

Ni el oso atroz ni el traicionero lobo
Huellan jamás su excelsitud nevada....
Huérfano vive del calor del globo....
¡En él principia el reino de la nada!

Por eso, ufano de su horror profundo,
Dichoso aquí mi corazón palpita...
¡Aquí solo con Dios...., fuera del mundo!
¡Solo, bajo la bóveda infinita!

¡Y qué suave, deleitosa calma
Brinda á mi pecho esta región inerte!....
—Así concibe fatigada el alma

El tardo bien de la benigna muerte.—
¡Morir aquí! De los poblados valles
No retornar á la angustiada vida:
No escuchar más los lastimeros ayes
De la cuitada humanidad caída:

Desparecer, huyendo de la tierra,
Desde esta cima que se acerca al cielo:
Por siempre desertar de aquella guerra,
De eterna libertad tendiendo el vuelo....

Tal ansia acude al corazón llagado,
Al mirarte, ¡oh *Mont-Blanc!*, erguir la frente
Sobre un mísero mundo atribulado
Por el cierzo y el rayo y el torrente.

¡Tú nada temes! De tu imperio yerto
Sólo Dios es señor, fuerza y medida:
¡Como el ancho Oceano y el Desierto,
Tú vives sólo de tu propia vida!
La tierra acaba en tu glacial palacio;
Tuya es la azul inmensidad aérea:
Tú ves más luz, más astros, más espacio....;

¡Parte eres ya de la mansión etérea!—
¡Adiós! Retorno al mundo....—Acaso un día
Ya de la tierra el corazón no lata, ¡
Y sobre su haz inanimada y fría
Tiendas tu manto de luciente plata...

Será entonces tu reino silencioso
Cuanto hoy circunda y cubre el Oceano....—
¡Adiós!.... Impera en tanto desdeñoso
Sobre la insania del orgullo humano!

EL SECRETO

«¡Yo no quiero morir!»

—Dice la niña, ¡

Tendiendo hacia su madre

Dos manecitas

Calenturientas,

Cual dos blancos jazmines

Que el viento seca....—

Un silencio de muerte

La madre guarda....
¡Ay! ¡si hablara vertiera
Mares de lágrimas!
Besa á la niña,
¡Y aun le fingen sus labios
Una sonrisa!

Del cuello de la madre
La hija se cuelga

Y, pegada á su oído
Pálida y trémula,
Con sordo acento,

Dicele horrorizada:

—«Oye un secreto:

¿Sabes por qué á morir me
Le temo tanto?

Porque luego me llevan,
Toda de blanco.

Al cementerio....,

¡Y de verme allí sola

Va á darme miedo!»

—«¡Hija de mis entrañas!

(Grita la madre)

Dios querrá que me vivas....;

Y, aunque te mate,

Descuida, hermosa;

Que tú en el cementerio

No estarás sola.»

SUEÑOS DE SUEÑOS

Vine á verte y, dormías;
Y dormías tan muda y mansamente,
Que una rosa cerrada parecías.
Era la siesta.—La morisca fuente,
Sola en el patio, conturbaba apenas
La quietud de las anchas galerías
De fresca sombra y de silencio llenas.
Las aves en sus jaulas; el ambiente
Embargado entre opacas celosías;
El perro fiel y el gato negligente
Reposaban también....—Calma y pereza
Era todo en redor....—Tan sólo el vuelo
Del zumbador insecto recordaba
Que el sol, en tanto, vivido lanzaba
Mares de lumbre desde el alto cielo!
He dicho que dormías;
Y dormías tan muda y mansamente,
Que una rosa cerrada parecías.
Dormías...., y, aunque amante desdeñado,
Próximo alguna vez á aborrecerte,
Te admiré en aquel sueño sosegado....,
¡Sin desear que fuera el de la muertel
Quizás más bien compadeci tu suerte,
Y perdón te pedí de mis antojos....
—¿Por qué (dije), por qué tan perseguida?
»¿Culpa es acaso de su mansa vida
»Inspirarme este amor que le da enojos?
»¿Obra fué de sus ojos,

»O de los míos mi fatal herida?
»—¡Obra mía no más! Yo soy el reo....
»Ella baja la vista por no verme....,
»Y hasta vuelve la cara si la veo...
»—¡Duerme, pues, duerme; pobrecita duerme;
»Que diga lo que quiera mi deseo
»Obligación no tienes de quererme.»
En esto un aye leve y fugitivo
Lanzaste al modo de suspiro tierno,
Y parecióme que tu pecho esquivo,
Cándido y frío como helado invierno,
Se entreabría al cariñoso rayo
Que en tí fijaban mis amantes ojos,
Como su cáliz de matices rojos
Entreabre una rosa al sol de Mayo.
Lo que quiere decir que aunque dormías,
Dormías tan turbada y tiernamente,
Que una rosa entreabierta parecías.
¿Qué soñabas?—¡Lo ví!.... De mis pesares
Al cabo condolida,
Imaginabas de pasión y gloria
La que te ofrezco venturosa vida.
Suspensa, enternecida,
Amorosa.... (perdóname); soñabas
Estar en brazos del amor prendida....,
Y de temor y gratitud llorabas,
Y mi nombre gimiendo pronunciabas.
—¡Ay! Aquel dulce, generoso llanto
Cayó en mi corazón como el rocío
Sobre el árida arena del desierto....
¡Nunca te he amado tanto!
¡Yo por aquellas lágrimas, bien mío,

Mil veces con placer hubiera muerto!
—Por poco te despierto.
Perdónale este agravio
A tu propia locura,
Y perdóname á mí, si tal ventura
Se atreve á pronunciar trémulo el labio....
Pero lo ví.... Mi espíritu sin calma
Era ya de tu espíritu un reflejo....
Toda tu alma se copió en mi alma,
Como desnuda ninfa en claro espejo.—
¡Oh sí! Tu pecho ardía
En este amor que siempre desdñaste....
Me nombrabas.... llorabas.... eras mía....,
¡Y lisonjero ensueño te fingía
Las dichas que despierta me negaste!....
—¡Burla fué del destino
Aquel falso espectáculo halagüeño!....—
¡Yo sé que todo sueño es desatino,
Y el tuyo no pasó de ser un sueño!....
—Pero ello es que dormías,
Y dormías tan dulce y blandamente,
Que ya una rosa abierta parecías.
La monótona fuente,
Única voz de la callada siesta,
Murmurando seguía
Su cántiga modesta,
Y, del toldo á la sombra,
Con mil líquidas perlas recamaba
Del verde césped la mullida alfombra.
Retratarte olvidaba.—
Sobre un sofá dormías: una mano
Suave apoyo á tu cabeza daba,

Y el otro brazo lánguido colgaba,
Envidia siendo del cincel pagano.
—Vestías una bata de verano.—
Sobre tu frente pálida y serena
La aureola de oro
De un ángel tu cabello parecía:
Tus mejillas de rosa y azucena
Aún ostentaban del reciente lloro
Dos perlas que la aurora envidiaría;
Y el cándido tesoro
De tu inocencia púdica, que, aleve,
Indiscreto cendal diera al olvido,
Como palomas que el amor conmueve,
Palpitaba al compás incierto y breve
De tu dichoso corazón dormido.
Tus puros labios, de caricias nido;
Tus dientes, gotas límpidas de hielo:
Tu lindo pie soltando inadvertido
El árabe chapín de terciopelo,
Todo era bello y tentador...., y todo
Me enajenó de modo....,
Que hubiera dado por tu amor la vida,
Aun no siendo mi vida tan cuitada....
—¡Ay! ¡tú prenda adorada,
No te has visto dormida!
¡Nunca tan hechicera
Me pareció tu angélica hermosura!
¡Nunca tan noble y celestial!.... Y era
Que el amor le prestaba su dulzura....;
¡Era que amabas por la vez primera!—
¡Oh, tú que amabas, sí! Tardes serenas
De soledad conmigo te fingías:

Noches de encanto y de misterio llenas,
Y allá lejanos, bonacibles días,
En que contarnos las pasadas penas.

Libres éramos ya como las aves,
Libres como los céfiros suaves,
Como las amapolas en los trigos,
Y ni parientes ni tutores graves
Eran fieros testigos,
De nuestras expansiones enemigos.

Ya podíamos vernos
En mis pupilas tú, yo en tus pupilas,
Y ahogar suspiros con suspiros tiernos,
Y luego en dulces pláticas tranquilas
Pasar instantes de ilusión eternos.

Y ya eran frutos las primeras flores,
Ó bien de nuestro amor nuevos cariños
Brotaban cual capullos seductores:
Ó, por mejor decir, nuestros amores
Se convertían en alegres niños....

.....
Y á todo esto dormías;
Y dormías tan quieta y hondamente,
Que una rosa marchita parecías.—

Tal soñaste....:—y, en tanto,
La tarde deslizándose había ido
Por la triste pendiente
De la sombra, el silencio y el olvido.
Y su velo tupido
Tendía ya la noche; y el ambiente
Agitaba sus alas bienhechoras....,
Mientras que murmuraba más sonoras
Sus quejas melancólicas la fuente.—

Entonces *desperté*....—*Ya era de día*.—
Tu sueño recordé....— Mas ¿dónde estabas?
¿Dónde, mi bien, que ya no te veía?...
—¡Ay, desdichado! *Yo era el que dormía*,
Y yo era el que soñaba que soñabas!!

AYER Y HOY

EN EL ÁLBUM DE LA CONDESA DE FUENRUBIA,

hija del Marqués de Benalúa de Guadix.

¿Á quién le pides versos? ¿Al tímido poeta
Que, de sus quince abrilés en el risueño albor,
Al pie del alta cima del cándido Veleta,
Feliz cuanto ignorado, cantó el primer amor,
Ó al vate cortesano, político incipiente,
Señor de una rüina que fué su corazón,
Que, en baile aristocrático, ceremoniosamente
Bailó, gentil Condesa, contigo un rigodón?
¿Á quién le pides versos? ¿Á aquel rústico niño
Que, en pastoril zampona, temblando de inquietud,
Cantó el cielo, y las flores, y el maternal cariño,
Y de la edad pasada la clásica virtud,
Ó al grave publicista que baila y filosofa,
Vestido de etiqueta como un simple mortal;
Que del dolor se olvida y del placer se mofa,
Y estudia en los amores problemas de moral?—
Si es al campestre bardo, sabrás que á la otra orilla
Del río que el pie besa de su ciudad natal,
Reclínase indolente tu solariega villa,
Nombrada hoy *Benalúa* y antes *Ben-al-guad*.

(Quien dice «Benalúa», ha dicho «Hija del río»;
Pues río es CUAD en árabe; *el*, AL; é *hija*, BEN;
—No olvides este dato, descubrimiento mío,
Y aclámame académico, si te parece bien.)

Deciate, señora (ó bien decir quería),
Que, en los hermosos años de mi pasado Abril,
Soñaba ya contigo mi joven fantasía
En las amenas márgenes del plácido *Guadix*.

En tanto que allí humilde la multitud villana
Me hablaba de su ausente, magnífico Señor,
Forjaba yo á mi antojo la bella Castellana
Que aqui compartiría su nombre y su esplendor.

Consorte ó fija suya, quién fueses ignoraba:
Mas ser y forma y nombre en mi ilusión te di.
Feudo al señor la villa solícita pagaba....

¡Yo en mis canciones feudo te tributaba á tí!
Y en tí, sin conocerte, la espléndida poesía
Cifraba de la Corte mi ardiente inspiración,
Y todas las novelas y cuentos que leía,
En tí los encarnaban mis sueños de ambición.

Y tú para mí fuiste la altiva castellana
Cantada por Zorrilla, Walter-Scott y Ossian;
La reina, la cautiva, la monja, la sultana....;
¡Y yo me entristecía de no ser.... ni sultán!—

¡Oh!.... ¡si en aquellos tiempos, gentil señora mía,
Mostrado te me hubieras en tu feudal mansión,
Y oír de mis cantares la tierna melodía
Hubieras deseado, al pie de tu balcón....

¡Oh Dios! ¡qué trova entonces mi lira diera al viento!
¡Cuán dulce y regalado sonara mi laud!
¡Qué versos te diría!.... Mas hoy (mucho lo siento)
Recuerdo en triste prosa mi ausente juventud.

Hoy soy un cortesano, político incipiente,
Que casi se avergüenza del joven en cuestión.
¡Hoy.... con la sombra aquella que imaginó mi mente
Me he visto mano á mano bailando un rigodón!—

No esperes, pues, señora, suavísimos cantares
Del arpa arrinconada de un trovador de frac:
Espera, sí, requiebros y flores á millares....,
En cuanto lo permita *la buena sociedad*.—

Tú eres hermosa y pura, discreta y elegante,
Y afable, y distinguida, y atenta, y *comm'il faut*,
Y el ideal realizas de la ilusión brillante
Que en los paternos bosques mi alma idolatró.

Sí, sí; tú eres, cual fuiste para el poeta un día,
La musa, la sultana, la náyade, la huri....—
¡Yo soy el desdichado! ¡Yo soy, dulce María,
Quien no se reconoce...., al conocerte á tí!

DON EULOGIO FLORENTINO SANZ

EPÍSTOLA Á PEDRO

Quiero que sepas, aunque bien lo sabes,
Que á orillas del Sprée (ya que del río
Se hace mención en circunstancias graves)

Mora un semi-alemán, muy señor mío,
Que entre los rudos tímpanos del Norte,
Recuerda la amistad y olvida el frío.

Lejos de mi Madrid, la villa y corte,
Ni de ella falto yo porque esté lejos,
Ni hay una piedra allí que no me importe.

Pues recuerda la patria á los reflejos
De su distante sol el desterrado
Como recuerdan su niñez los viejos.

Ver quisiera un momento, y á tu lado,
Cuál por ese aire azul nuestra Cibeles
En carroza triunfal rompe hacia el prado!

Háblame del hogar cuando te hieles...
Átomo harás del mundo que poseas,
Y mundo harás del átomo que anheles!

Al sentir *coram vulgo*, no te creas...
Al pensar *coram vulgo*, no te olvides

De contemplar á solas tus ideas.

Como dejes la España en que resides,
Donde quiera que estés, ya echarás menos
Esa tierra de Dolfos y de Cides.

Que obeliscos y pórticos ajenos
Nunca valdrán los patrios palomares
Con las memorias de la infancia llenos.

Por eso aunque den son á mis cantares
Elba, Danubio y Rhin, yo los olvido
Recordando á mi pobre Manzanares.

¡Allí mi juventud!... ¡ay! quién no ha oído
Desde cualquier región, ecos de aquella
Donde niñez y juventud han sido!...

Hoy mi vida de ayer, pálida ó bella,
Múltiple se repite en mis memorias
Como en lágrimas mil única estrella...

Que quedan en el alma las historias
De dolor y placer, y allí se hacinan
Del fundido metal muertas escorias;

Y aunque ya no calientan ni iluminan,
Si al soplo de un suspiro se estremecen,
¡Aun consuelan el alma... ó la asesinan!

Cuando al *partir del sol las sombras crecen*,
Y, entre sombras y sol, tibios instantes
En torno del horario se adormecen,

El dolor y el placer, férvidos antes,
Se pierden ya en el alma indefinidos,
Á la luz y á la sombra semejantes.

Y en esa languidez de los sentidos,
Crepúsculo moral en que indolente
Se arrulla el corazón con sus latidos,
Pláceme contemplar indiferente

Cuál del dormido Sprée se abre la espalda
Y en lúbrico chapín sesga la gente;
Ó recordar el toldo de esmeralda,
Que antes bordó el Abril en donde ahora
Nieve septentrional tiende su falda;

Mientras la luz del Héspero incolora
Baña el ampo sin fin que el norte rudo
Salpicó de brillantes á la aurora!

Hijo de otra región, trémulo y mudo,
Con la mirada que por tí paseo,
Nieve septentrional, yo te saludo!

Una tarde de Mayo (casi creo
Que salta á mi memoria su hermosura
De este cuadro invernal, como un deseo);

Una tarde de flores y verdura,
Rica de cielo azul, sin un celaje,
Y empapada en aromas y frescura;

En que al son de las auras el ramaje
Trémulo de los tilos, repetía
De otros lejanos bosques el mensaje;

Con mi secreto afán por compañía,
Del recinto salí que nombró el mundo
Corte del *Rey filósofo* algún día.

A su verdor del norte, sin segundo,
De un frondoso jardín los laberintos
Atrajeron mi paso vagabundo...

En armoniosa confusión distintos,
Cándidos nardos y claveles rojos,
Tulipanes, violetas y jacintos,

De admirar el verjel diéronme antojos;
Y perdíme en sus vueltas rebuscando,
Ya que no al corazón, pasto á los ojos.

Y una viola, que al favonio blando
Columpiaba su tímida corola,
Quise arrancar... mas súbito clavando

Mis ojos en el césped, donde sola
Daba al favonio sus esencias puras,
Respeté, por el césped; la viola...

¡Guirnalda funeral, de desventuras
Y lágrimas nacida, eran las flores
De aquel vasto jardín de sepulturas!

Pero *jardín*. Allí, cuando los llores,
Aun te hablarán la madre ó el amigo
Con aromas y jugos y colores...

Y de tu santo afán mudo testigo,
Algo, en aquellas flores sepulcrales,
Algo del muerto bien será contigo.

Dentro de nuestros muros funerales
Jamás brota una flor... Mal brotaría
De ese alcázar de cal y mechinales.

Índice de la nada en simetría,
Que á la madre común roba los muertos
Para henchir su profana estantería:

Ruin estación de huéspedes inciertos
Que ofreciera á los vivos sus moradas
Por alquilar los túmulos abiertos.

De tierra sobre tierra levantadas,
Más solemnes quizá por más sencillas,
Las del santo jardín tumbas aisladas,

Con su césped de flores amarillas,
Se elevan... no muy altas... á la altura
Del que lllore, al besarlas, de rodillas.

Mas sola allí... sin flores... sin verdura,
Bajo su cruz de hierro se levanta

De un hispano cantor la sepultura.
Delante de su cruz tuve mi planta...
Y soñé que en su rótulo leía:
¡Nunca duerme entre flores quien las canta!
¡Sobre el césped marchito! ¿Quién diría
Que el cantor de las flores, en tu seno
Durmiera tan sin flores algún día?
Mas ¡ay del rui señor que en aire ajeno,
Por atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña región cayó en el cieno!
¡Ay del pobre cantor que amortajado
Con su negro sayal de peregrino,
Yace en su propia tumba desterrado!
Yo al encontrar su cruz en mi camino,
Como engendra el dolor supersticiones,
Llamé tres veces al cantor divino.
Y de su lira desperté los sonos,
Y turbé los sepulcros murmurando
La más triste canción de sus canciones...
Y á la viola, que al favonio blando
Columpiaba allí cerca su corola,
Volví turbios los ojos... y clavando
La rodilla en el césped (donde sola
Era airón sepulcral de una doncella),
Desprendí de su césped la viola.
Y al lado del cantor volví con ella;
Y así lloré, sobre su cruz mi mano,
La del pobre cantor misera estrella:
Bien me dice mi voz que soy tu hermano...
¿Quién saludara tus despojos fríos
Sin el ¡ay! de mi acento castellano?
Diéronte ajena tumba hados impíos...

Si ojos extraños la contemplan secos,
Hoy la riegan de lágrimas los míos.
Sólo suena mi voz entre sus huecos,
Para que en ella, si la escuchas, halles
Los de tu propia voz póstumos ecos...
*Por las desiertas y sombrías calles
Donde duerme tu féretro escondido,
¡No pasa, no, la virgen de los valles!*
Una vez que ha pasado... no ha venido...
Trajéronla con flores... A tu lado,
La virgen, desde entonces, ha dormido...
Si su pálida sombra, al compasado
Són de la media noche, inoportuna,
Flores sobre tu césped ha buscado,
Bien habrá visto, á la menguada luna,
Que en el santo jardín, lleno de flores,
¡Sólo yace tu césped sin ninguna!
¡No tienes una flor! ¿Ni á qué dolores
Una flor de tu césped respondiera
Con aromas y jugos y colores?...
Sólo al riego de lágrimas naciera...
Y de tu fosa en el terrón ajeno
¿Quién derramó una lágrima siquiera?
¡Ay, si, del rui señor, de vida lleno,
Que en atmósfera extraña sofocado,
Sobre extraña región cayó en el cieno!
Cantor en el sepulcro desterrado,
Descansa en paz... ¡Adiós!... Y si ha deshora
Un viajero del Sur pasa á tu lado;
Si al contemplar tu cruz, como yo ahora,
En su idioma español, el viajero
Te llama aquí tres veces y aquí llora;

Dígale el són del aura lastimero
Cuál en los brazos de tu cruz escueta,
Peregrino del sur, lloré primero...

Recibe con mi adiós *tu violeta!*
La tumba de la virgen te la envía...

.....
Y al unirse la flor con su poeta,
Ya en el ocaso agonizaba el día.

DON CARLOS RUBIO

Á UNAS AVES

Aves que váis hacia la patria mía
Como van mis suspiros lastimeros,
Llevadla el beso que mi amor la envía.
¡Cuánta impotente envidia siento al veros,
Yo, en nuestro valle piedra desechada
Que con el pie separan los viajeros!
Bella te elevas en la mar salada,
Como en más breve mar la chipria Diosa,
Admirada Albión, ya que no amada.
De aquel Dios del trabajo eres la esposa
Que los monstruos unció de mar y tierra
Á su regia carroza victoriosa;
Y que con lazos de oro ató á la Guerra,
Cuyo sangriento acero trocó en plumas
Con que arma á la razón que la destierra;
Y aunque quizá olvidando que es de espu-
De tus grandezas el cimienta incierto, [mas
La creación tu pedestal presumas,
Y aunque quizá tu corazón ha muerto,
Y eres estatua colosal de duro

Mármol de tumbas, terso, blanco y yerto,
Asilo ofreces plácido y seguro
Al proscrito en tu hogar, donde luciente
Ve de la libertad el fuego puro,
Y no se juzga de su patria ausente,
Porque es la libertad la patria santa
De todo corazón y toda mente.

Mas no extrañes que anude mi garganta,
Recordando otro pueblo y otra historia,
El dolor que á mi espíritu quebranta:
Que hasta elevado á la celeste gloria,
Conserva acaso el niño venturoso
De su perdida madre la memoria.

¡Oh España! ¡Oh dulce España! ¡Oh sol ra-
¡Oh cielo azul! ¡Oh fuentes cristalinas! [dioso!
¡Oh verde campo en flores abundoso!
¡Oh montes coronados de ruinas

Que pueden envidiaros Grecia y Roma!
¡Oh canciones del pueblo peregrinas,
Engalanadas con aquel idioma

Que como el Tajo aurífero y abundo,
Cual flor de almendro de melífero aroma,
Compite siempre con el mar profundo,

Ya cuando ruga como hambrienta fiera
Y espanta y mueve y ensordece al mundo,
Y ya cuando en la alegre primavera

De amor suspira al declinar el día
Besando cariñoso la ribera!

¡Oh humilde albergue en que en la infancia
Junto á mi cuna con amor sentada [mía
Mi madre el libro santo me leía!

Y, apoyando ambas manos en la espada,

Recordaba mi padre fatigado
Las mil batallas en que fué mellada!
¡Oh solitario bosque perfumado
Do por mí sorprendido en una siesta
Huyó Amor de sus ninfas rodeado,
Y una (la más hermosa y más modesta)

De azules ojos y de voz süave,
Huyendo más risueña y menos presta,
Entre las manos me dejó aquel ave,
En que el poeta sobre el mar mundano
Al firmamento levantarse sabe!

¡Oh templo del saber do quise en vano
Mi alma encender en la sagrada pira
Al escuchar al sacerdote anciano!

Que si el poeta las estrellas mira
Mientras los otros reman, y se aleja
Buscando flores cuyo aliento aspira

Mientras los otros mueven trillo y reja,
Es que está destinado á ser piloto,
Y á sacar miel de flores cual la abeja.

¡Oh puerto resguardado de Euro y Noto,
Donde, cual Juan en Patmos, evocaba
Con el pasado el porvenir ignoto,

Y el gemir en las tumbas escuchaba
De mártires sin fin, y allá en el cielo
El himno redentor que contestaba!

¡Oh callados sepulcros, que en el suelo
Guardáis mi corazón hecho pedazos
Bajo las negras lápidas de hielo!

¡Oh de fiel amistad tiernos abrazos!
¡Oh templo que termina cruz erguida,
Abiertos siempre los piadosos brazos!

¡Oh patria mía, en fin, patria querida!
¿Cuándo volveré á tí, cuándo en tu seno
Podré de nuevo alimentar mi vida?

Pero ¿qué estoy diciendo? ¿Qué veneno
El infortunio en mis sentidos vierte
De todo honrado corazón ajeno?

¡Volver á España á presenciar su muerte
Tras su agonía que vergüenza inspira!
¡Volver á España que reposa inerte,

Yo que llamé á su puerta con mi lira,
Y después con el puño de mi acero,
Y no he logrado despertar su ira!

¡Nunca! ¡Jamás! Recorreré primero
La tierra entera á guisa de mendigo,
Y tumba me dará suelo extranjero!

¡No quiero ser de su opresión testigo!
Bástame su memoria, que, despierta,
Por doquiera que voy viene conmigo.

Con sus lóbregas alas, muda y yerta,
La noche, ave fatídica y gigante,
Cubre una tierra al parecer desierta,

Y en que tan sólo vago y oscilante,
Entre malezas, túmulos y escombros,
Fosfórico fulgor flota un instante.

¿Qué espectro colosal, de cuyos hombros
Pende manchada y rota hoga sangrienta,
Aumenta de este cuadro los asombros?

En su derecha mano macilenta
Un crucifijo, puño de una espada,
En noble sangre enrojecida ostenta,

Y en la izquierda la copa, que labrada
Por todos los demonios de la orgía,

De impurezas sin fin está colmada.

Se alza la tierra cual la mar bravía
Rompiendo de las tumbas los secretos
Que abillantado mármol encubría;

Y amenazantes, pálidos, escuetos,
Surgen, á Dios las manos levantando,
Pidiendo «Expiación» los esqueletos.

Mira el espectro al funerario bando,
Cual Caín á su víctima inocente,
Del Sumo Juez los pasos escuchando;

De Luis Onceno los temores siente
(Que no le ha de faltar una vileza),
Y sus supersticiones juntamente.

Con hipócritas muestras de flaqueza
Postra en la dura tierra una rodilla,
Y besa el crucifijo, y llora, y reza;

Y así acallada su conciencia, brilla
La soberbia satánica en sus ojos;
Lanza de sí el terror que le mancilla;

Yérguese; con desdén y con enojos
De sus miseras víctimas airadas
Contempla frente á frente los despojos;

Alza después al cielo sus miradas;
No ve en ellas las cláusulas divinas
En el festín de Baltasar trazadas,

Y busca nuevamente en las ruinas
Siervos aletargados de quien sorbe
Las gotas de la sangre purpurinas.

¡Tal es la patria que mi amor absorbel
¡La que pudiera ser, si despertara,
Miedo y amor y admiración del orbel

¡Oh! mientras tanto que su suerte avara

No vence con su antigua valentía,
Y guerra á sus verdugos no declara;
Aves que váis hacia la patria mía
Como van mis suspiros doloridos,
Llevalda el beso que mi amor la envía.

Mas no colguéis en ella vuestros nidos,
Ni apaguéis vuestra sed en sus corrientes.
Ni os poseís en sus árboles floridos.

Pasad cual sobre lagos pestilentes
Sobre sus pueblos, cárceles medrosas,
Y sobre sus campiñas florecientes;

Y decidla que van por escabrosas
Sendas, solos, sombríos, fatigados,
Sus hijos recordando y sus esposas,

Los hijos de Espartaco, los soldados
Del alma libertad, que son girones
Del invencible lábaro arrancados;

Mas que en sus esforzados corazones
Llevan su patria por la tierra extraña
Hasta las más recónditas regiones,

Y entrar no quieren en la opresa España
Sino agitando su pendón ufano;
Porque el río al cruzar que humilde baña

Los límites del suelo lusitano,
Han jurado á la faz del firmamento,
De la espada en la cruz puesta la mano,

Antes morir sin agua ni sustento,
Y pasto ser de las salvajes hienas,
Que de nuevo vivir entre cadenas:
Y todos cumplirán su juramento.

DON ANTONIO APARISI Y GUIJARRO

Á LA VICTORIA DE LAS NAVAS

Cantemos al Señor: ¡bendito seas,
Gran Dios de los ejércitos triunfante!
¿Cómo te ensalzaré? ¿Quién semejante
Será á tí, vencedor en las peleas?
Canta, España: su diestra omnipotente
Fulminó en tu favor en trance fiero;
De los hijos de Agar devoró ardiente
Carro, y lanza, y caballo y caballero...
¡Embista negro espanto
A quien odie, Señor, tu nombre santo!
Alzóse armada el Africa furiosa;
Se alzó, y nervuda diestra sacudiendo,
En espantable cólera rugiendo
Hizo brillar su espada pavorosa;
Y agitando los bárbaros pendones,
Gritó con alarido:
«Y sufriréis magnánimas naciones
»Que los cristianos, míseros esclavos,
»Destrocen sus cadenas, ciñan bravos
»Laureles de victoria...